

Esta fue, pues, la obra gigantesca de San Pío X: el grano de mostaza se había convertido en un gran árbol, y las aves del cielo podían posarse en sus ramas para llegar a la santidad.

El 20 de agosto de 1914 moría San Pío X, por el dolor intenso que le causó el presentimiento de una despiadada guerra entre los países europeos, pues sabía que la causa de esa guerra sería el intento de borrar de raíz los últimos vestigios del Reino de Cristo sobre las sociedades.

3º Conclusión.

La fidelidad de San Pío X, en lo poco y en lo mucho, sigue produciendo sus frutos después de su muerte, pues, al decir de Pío XII en el día de su canonización (29 de mayo de 1954), San Pío X es «*el Santo dado por la Providencia a nuestra época*»: en la terrible crisis que hoy atraviesa, la Iglesia Católica encuentra un firmísimo apoyo y una segurísima norma de conducta en las directivas y enseñanzas de este santo Pontífice. Diríase que Dios dio a su Iglesia, a través de San Pío X, los medios de defenderse contra los enemigos internos que iba a tener en los siglos XX y XXI. Y así, frente a la terrible Pasión que hoy vive la Iglesia, nuestra actitud ha de ser la misma que la de San Pío X: una profunda fidelidad a la Iglesia Católica, a la Fe que Ella enseña y a la santidad a que ella nos conduce.

Fidelidad a la Iglesia Católica, por la defensa intrépida de sus derechos, confesándola como única Arca de Salvación y única Madre de las almas, y rechazando por lo tanto la libertad religiosa, la laicización de los estados y el ecumenismo con las falsas religiones. Para nosotros, sacerdotes y religiosos, por el amor de nuestra vocación y la fidelidad constante a nuestros Estatutos y al espíritu de nuestra Congregación, que son las leyes y el espíritu de la Iglesia adaptados a nuestra vocación particular.

Fidelidad a la Fe Católica, por una profunda instrucción religiosa, la defensa de la fe que prometimos en el sacramento de la Confirmación, el rechazo de las doctrinas modernistas difundidas hoy por la Iglesia oficial, y de las sectas y errores perversos que hoy se extienden por todas partes y por todos los medios.

Fidelidad a la gracia y a las normas de vida cristiana, guardando los votos de nuestro Bautismo, viviendo siempre en gracia por la frecuencia de sacramentos y evitando todo pecado deliberado; colaborando, en la medida de las propias posibilidades, a extender a otras almas el reinado de Jesucristo, especialmente ayudando a la formación de los sacerdotes, y rezando y sacrificándose por las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Pidamos a San Pío X la santificación de todos los miembros de la Fraternidad y de sus fieles; pidámosle la fidelidad de todos ellos, y la perseverancia en la propia vocación hasta la muerte. Pidámoselo también a Nuestra Señora, la Virgen Fiel, para que, siendo fieles en lo poco, merezcamos ser constituidos sobre lo mucho, entrando así en el gozo de Nuestro Señor.

Centenario de la muerte de San Pío X, Patrono de nuestra Fraternidad

Conmemoramos este año el centenario de la muerte de San Pío X, Patrono de nuestra Fraternidad Sacerdotal; Patrono nuestro para tenerlo, como dice la oración del día, como modelo de sabiduría y de fortaleza en la defensa de la fe y en la restauración de todas las cosas en Cristo.

Pero San Pío X es también para todos nosotros un modelo de exquisita fidelidad a la Santa Iglesia Católica, a la fe de siempre y a la gracia divina.

Cierto es que la Providencia quiso que San Pío X pasara por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, desde simple coadjutor hasta Papa, para que pudiera cumplir mejor la amplia misión que le iba a ser confiada durante su Pontificado; pero también lo dispuso así para mostrarnos cómo la fidelidad en lo poco conduce a la fidelidad en lo mucho; y que la fidelidad a una gracia de Dios es fuente de gracias progresivamente mayores, que conducen al alma a la mayor santidad y a una gran fecundidad apostólica; de modo que lo que comienza por ser una humilde semilla de mostaza, se convierte luego en un gran árbol en el que anidan las aves del cielo.

1º In pauca fidelis: fidelidad en las cosas pequeñas.

José Melchor Sarto nace en el pueblito de Riese, en el Véneto, el 2 de junio de 1835, segundo hijo de una familia de doce hijos. Su padre, Juan Bautista Sarto, es alguacil, y su madre, Margarita Sansón, costurera. Dada la pobreza de la familia, los padres atienden a duras penas al sustento de la prole; pero, a cambio, le imparten una formación profundamente cristiana.

Hacia los nueve o diez años José confía a su madre el deseo de ser sacerdote. Es la primera gracia de una larga cadena de gracias correspondidas: el grano de mostaza ha sido sembrado en el corazón del joven Bepi. Su mismo párroco se encarga de darle los primeros rudimentos de latín; y luego, de los 11 a los 15 años, emprende los estudios en Castelfranco, a 7 kilómetros de Riese, haciendo siempre el viaje diario de ida y vuelta descalzo, con las botas al hombro, para ahorrar zapato. Allí se muestra como un muchacho muy jovial pero sereno, sensato y diligente: es siempre el mejor de la clase.

1850: acaba sus estudios en Castelfranco, y gracias a la ayuda de un bienhechor providencial, que le consigue una beca completa de estudios, puede ingresar ese mismo año en el seminario de Padua, donde después de cursar ocho años de estudios

teológicos con las máximas calificaciones, es ordenado sacerdote. Estamos en 1858; José Sarto tiene 23 años.

Su primer cargo, durante 9 años, es como coadjutor de Tómbolo; luego es designado como párroco de Salzano, otros 9 años. Durante estos 18 años de vida sacerdotal entre los campesinos, el padre José Sarto puede darse cuenta de las necesidades del pueblo fiel; y, desempeñando sus cargos con muestras de profundas virtudes, sobre todo una gran bondad y un gran desprendimiento de todos los bienes, atrae la atención del obispo de Treviso, que lo hace canónico de su catedral, director espiritual del seminario de su diócesis, y canciller secretario del obispado. Al morir el obispo, ejerce también durante un tiempo el cargo de vicario capitular, hasta el nombramiento del nuevo obispo. Aquí entra ya más en contacto con las necesidades de los sacerdotes y de los jóvenes candidatos al sacerdocio.

1884: José Sarto cuenta ya con 49 años, y 26 de vida sacerdotal: es nombrado obispo de Mantua. La diócesis de Mantua, que daba un terrible espectáculo de abandono espiritual, sobre todo por la penetración de las sectas y logias masónicas, es profundamente renovada por Monseñor Sarto:

- *Lucha contra las sectas protestantes y logias masónicas.*
- *Predica con tesón los principios que deben regir la ciudad católica.*
- *Se preocupa por la buena formación de los candidatos al sacerdocio, para lo cual organiza el seminario, hace una suscripción pública para dotar al seminario de todo lo necesario y de buenos profesores, siendo él mismo Rector del seminario, profesor de Teología y de Canto Gregoriano, y Maestro de Ceremonias, instruyendo en la catedral a los seminaristas en los sagrados ritos.*
- *Y provee a la instrucción religiosa de los fieles, sabiendo que la ignorancia religiosa es la causa de tanta corrupción de inteligencias y de costumbres.*

León XIII se fija en este obispo de Mantua, en la santidad que en él ya se refleja y en su celo apostólico, y lo hace Cardenal, y algunos días más tarde Patriarca de Venecia. Fue obispo de Mantua 9 años, y estuvo 10 años en Venecia. Era ya la última etapa que la Providencia utilizaba para madurar la santidad de José Sarto y prepararlo para la fidelidad en lo mucho.

2º *Supra multa te constituam: Dios le confía grandes cosas.*

Cuando el Cardenal José Sarto es elegido Papa, a la muerte de León XIII, cuenta ya con 68 años y 45 de vida sacerdotal. Las grandes fidelidades se preparan con las fidelidades pequeñas y largamente perseverantes. Era el 4 de agosto de 1903. «*Puesto que Dios quiere que beba este cáliz, hágase su voluntad. Acepto el pontificado como una cruz*». Este «sí» a las disposiciones divinas marca el paso de la fidelidad en lo poco a la fidelidad en lo mucho, a que lo destinaba Dios, ya no sólo para bien de una diócesis, sino para el de toda la Iglesia Universal.

Su programa es sencillo y claro: **INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO**. Someterlo todo bajo el suave yugo del Redentor, atraer a El todas las almas, todas las sociedades que quieren vivir sin El, tal es su misión.

«*Pero ¿cuál es el camino que nos franquea el acceso a Jesucristo? ¡La Iglesia!*». Por eso, su fidelidad a Nuestro Señor se manifiesta, ante todo, bajo forma de **fidelidad a la Iglesia Católica**. Su trabajo en este ámbito fue la de un coloso:

- *Codificó todas las leyes de la Iglesia en un solo cuerpo, el Código de Derecho Canónico, que «será siempre el gran monumento de su Pontificado».*
- *Defendió la libertad de la Iglesia, aboliendo el veto civil a la elección del Sumo Pontífice, y protestando enérgicamente por la ley de separación de Iglesia y Estado en Francia en 1905.*
- *Reformó muy sabiamente la Curia Romana.*

Para ser fiel a la Iglesia, se entrega a la «*defensa de un tesoro inestimable: la unidad interior de la Iglesia en su fundamento íntimo: la Fe*». Y por eso, su fidelidad a Cristo reviste también la forma de **fidelidad a la Fe católica**. Para ello:

- *Combatió y condenó con gran lucidez y energía los audaces y perniciosísimos errores del Modernismo, en todas sus formas o manifestaciones filosóficas, teológicas, bíblicas, históricas, críticas y sociales, «contraponiendo a tanto mal la única y posible salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como “culto racional” (Rom. 12 1) hacia Dios y su revelación».*
- *Encareció la necesidad de enseñar la doctrina cristiana a los fieles, tanto niños como adultos, haciendo de ello una obligación grave para los párrocos, y dictando leyes acerca de la predicación y enseñanza del catecismo.*
- *Finalmente, hizo de Roma la sede principal de los estudios de Sagrada Escritura, a los que tanto auge dio.*

Y como esta fidelidad a la Iglesia y a la Fe ha de estar fundada en la santidad, santidad ante todo en el clero, y santidad luego en el pueblo fiel, su fidelidad a Jesucristo asume una tercera forma: **fidelidad a la gracia y a las normas de vida cristiana**. Para ello:

- *Proveyó a una sólida formación del clero, especialmente creando numerosos seminarios.*
- *Estimuló a los sacerdotes a la santidad por el cultivo de la vida interior: «Crezca el sacerdocio en la santidad de vida y en la pureza de doctrina, y el pueblo se formará en Cristo».*
- *Volvió a introducir la recepción frecuente de la Sagrada Eucaristía, incluso diaria, encareciéndola como el mejor medio de santificación y de salvación; y por ese mismo motivo, permitió el acceso a este sacramento a todos los niños a partir del uso de razón. Igualmente, impulsó los Congresos Eucarísticos, diocesanos e internacionales, e instituyó la práctica de la Hora Santa.*
- *Restableció en su antiguo esplendor y dignidad la música sagrada, especialmente el Canto Gregoriano.*
- *Estimuló la devoción a los Santos, beatificando y canonizando a gran multitud de ellos, para proponerlos como modelo de virtud a las almas.*
- *Por fin, promovió eficazmente la Acción Católica, sabiendo que cuando resurgen las virtudes cristianas entre los fieles, pueden éstos colaborar bajo la dirección de sus pastores a la extensión del Reino de Jesucristo en las almas.*